

MARTÍNEZ, MARTÍN (1684-1734)

FILOSOFÍA ESCÉPTICA

extracto de la física antigua y moderna, recopilada en diálogos, entre un aristotélico, cartesiano, gasendista, y escéptico, para instrucción de la curiosidad española.

(1730)

Filosofía escéptica, extracto de la física antigua y moderna, recopilada en diálogos entre un aristotélico, cartesiano, gasendista y escéptico, para instrucción de la curiosidad española, por el doctor don Martín Martínez, Médico de Cámara de su Majestad, Socio y ex-Presidente de la Regia Sociedad de Sevilla, profesor público de Anatomía, y examinador que fue de su Real Proto-Medicato. Dedicado a la misma ilustre docta sociedad. Segunda impresión. Con privilegio. En Madrid, año de 1750. Se hallará en la Librería de Francisco López, frente a las Gradass de San Felipe el Real, con las demás Obras del Autor.

ÍNDICE DE LOS DIÁLOGOS

Preliminares

DIALOGO I.

De la Historia de la Filosofía

DIALOGO II.

De la Materia Prima

DIALOGO III.

De la Forma

DIALOGO IV.

De la esencia, y existencia del Cuerpo natural

DIALOGO V.

De las causas, o principios, llamados Elementos

Del Fuego

Del Aire

Del Agua

De la Tierra

De los Elementos Químicos

DIALOGO VI.

De las generales afecciones del Cuerpo natural

De la figura, y sitio

Del Tiempo

Del lugar, y el vacío

Del movimiento, y la quietud

De la gravedad, y levedad

DIALOGO VII.

De las cualidades particulares

De la cualidad en común

De la Luz, y el Color

Del Sonido

Del Olor

Del Sabor

Del Calor

Del Frío

De la Humedad

De la Sequedad

De la raridad, densidad, &c.

De las cualidades ocultas

De la virtud magnética

DIALOGO VIII.

Del Mundo, y del Cielo

DIALOGO IX.

De los Cuerpos Celestes, y Meteóros

De las Estrellas fijas

Del Sol

De la Luna

De los demás Planetas

De los Cometas

Del Viento

De las nubes, y lluvia

Del rocío, y nieve

Del granizo, trueno, rayo, &c.

DIALOGO X.

Si los Brutos tienen Alma sensitiva

DIALOGO XI.

Apología Escéptica, contra la Apología Escolástica

Filosofía escéptica, extracto de la Física antigua y moderna, recopilada en Diálogos entre un Aristotélico, Cartesiano, Gasendista y Escéptico, para instrucción de la curiosidad española, por el doctor don Martín Martínez, Médico de Cámara de su Majestad, Socio y ex-Presidente de la Regia Sociedad de Sevilla, profesor público de Anatomía, y examinador que fue de su Real Proto-Medicato.

Dedicado a la misma ilustre docta Sociedad. Segunda impresión. Con privilegio. En Madrid, año de 1750. Se hallará en la Librería de Francisco López, frente a las Gradass de San Felipe el Real, con las demás Obras del Autor.

In Phisicis ubi natura opere, non adversarius argumento constringendus est, elabitur plane veritas ex manibus propter longe maiorem naturalium operationum, quam verborum subtilitatem. Verulam.de Augment. scient.

At quoad sillogismorum formas, animadverti, non tam prodesse ad ea, quae ignoramus investiganda, quam ad ea, quae iam scimus aliis exponenda; vel etiam ut ars Lulii ad copiose, & sine iudicio de iis, quae nescimus, garriendum. Cartesius dissert. de Method.

Muy Ilustre Regia Sociedad

¿Cómo tendré aliento de ofrecer tan levísimo Culto ante tan gravísimo Congreso?

*Audebisne, praecor doctae
subiecta Catervae
Inter tot Proceres, nostra Minerva loqui?*

Sólo me anima tener el honor de hijo de esa gravísima Sociedad; pues a ninguna Madre (por más circumspecta que sea) la suelen parecer mal las cosas de sus hijos.

Con esta, pues, única confianza, presento a VV. SS. estos apuntamientos Filosóficos, que empecé a recoger en Madrid, para el uso de mis hijos; después acabé en Buendía, cuando pasé en asistencia del Excelentísimo Señor Marqués de Santa Cruz (en aquellos ratos, en que *otia nervus agebat*) y hoy doy al público por instancia de algunos Amigos.

¿Y verdaderamente, a quién pudiera, o debiera yo dedicar tan tenues trabajos, sino a V.S. que como autorizada puede protegerlos, como sabia corregirlos, y como Madre disimularlos?

El poder, y autoridad de cualquier Compañía, es como una robusta bóveda, cuya recíproca unión hace la arquitecra firmísima. *Frater, qui adiuuatur a fratre, quasi Civitas firma.* Por eso contemplándome débil, busco el apoyo de tanto número de doctos. Este es el provecho de los Asociados: [iv] *Habent enim* (como dicen las *Sagradas Letras*) *emolumentum Societatis suae: si unus ceciderit, altero fulcietur... & si quispiam praeuuetit contra unum, duo resistunt ei. Funiculus triplex difficile rumpitur.*

Allá en la juventud del Mundo solían dedicarse los Libros a un docto amigo, que supiese juzgarlos, y pudiese defenderlos; hoy ya en su vejez, o la codicia, o la lisonja ha mudado los fines (aunque por lo común vanamente) dedicándolos a quien ni sabe sostenerlos, ni suele estimarlos. Yo, restituyendo el Mundo a su mocedad, no sólo dedico esta Obrilla a un Sabio Amigo, sino a tantos Amigos, y Sabios, cuantos son los que componen ese Celeberrimo Colegio de Filósofos, y Eruditos.

Ni esto se crea ponderación, pues la Academia Hispalense en sólo el espacio de seis lustros ha ilustrado más la Física, y Ciencias naturales, que todas las demás Escuelas de España en algunos siglos: *Quas omnes superat capite, & cervicibus altis;* pudiendo decir de ella, aun sus mismos contrarios, lo que Bacon de Verulamio, no obstante de ser Hereje Calvinista, dijo a otro propósito de la Esclarecida Religión de la Compañía de Jesús (entonces también moderna) *de Augment. Scientiar. lib. 1. Nuper etiam intueri licet Iesuitas (qui partim studio proprio, partim ex aemulatione adversariorum litteris strenue incubuerunt) quantum subsidii viriumque Romanae: Sedi reparandae, & stabiliendae attulerint:* pues también modernamente son dignos de observar nuestros Socios Hispalenses, que parte por aplicación propia, parte por emulación de sus Antagonistas, se han dedicado tan bizarramente [v] a las letras, que han dado no poco auxilio para reparar, y establecer la profesión Médica, en España casi ya cadente.

Pero sobre tantas glorias, no es la menor tener por Protector, y Caudillo a su actual Presidente el Doctor Don José Cervi, lustre de nuestra Facultad, crédito de su Patria: *O! & praesidium, & dulce decus meum:* Por cuyo justificado influjo, para el conseguido premio en la agradecida memoria de nuestra Sociedad:

*Semper honos, nomenque suum,
laudesque manebunt.*

El ánimo de este Libro es dar a los Curiosos Romancistas una idea de las más famosas Filosofías, que hoy corren en Europa, anteponiendo la de Aristóteles para los estudios Teológicos, no sólo por la armonía, que dice el Sistema Peripatético con el Teológico-Escolástico (como digo en varias partes de la Obra) sino porque la uniformidad de las frases hace, que aunque pasen de la Filosofía a este otro estudio más alto, no les parezca sin embargo la Teología Provincia extraña, como que oyen hablar la misma lengua.

Pero esforzando, que para los Estudios Médicos es más acomodada, y útil la Filosofía Corpuscular: si bien en muchas Conclusiones no han hecho los Modernos más que mudar las voces, en algunas, sólo explicar con más claridad el concepto, y en todas descubrir la obscuridad, e ignorancia de los Fenómenos, que es el asunto Escéptico.

Sé, que muchísimos, invenciblemente ocupados con sus doctrinas Filosóficas, me murmurarán en extremo; pero [vi] como estas saetas no pasan del cutis, sólo con sacudirse, de suyo se caen. Yo suplico a todos, que purgando su mente de las impuridades de su razón, y de las heces de sus sentidos, hagan justicia entre las opiniones, sin que las cosas que se oponen a su dictamen, sólo porque se oponen:

*Intellecta prius quam sint,
contempta relinquunt.*

Y pues ya está roto el hielo, y allanada esta materia contra los vulgares Filósofos, por nuestro elocuentísimo Feijoo en sus *Guerras Filosóficas*, tom. 2 y en el *Escepticismo Filosófico*, tom. 3, por nuestro Sutilísimo Guzmán, en su *Escudo Atomístico*, y por otros Socios: yo también con ellos (Doctísima Sociedad).

Te sociam studeo scribendis versibus esse, Quos ego de rerum natura pangere conor.
B.L.M. de VV.SS.

El Doct. Martín Martínez.

DIALOGO I

De la Historia de la Filosofía.

Aristotélico. Cartesiano. Gasendista. Escéptico.

Aristotélico. Ya parece, que vuestras mercedes se han olvidado de su antiguo Amigo.
Escéptico. Mas parece, que vos os habéis olvidado de los vuestros, pues tanto tiempo nos habéis hecho carecer de vuestra amable compañía.

Aristotélico. La precisión de seguir las Escuelas me sacó de mi Patria; y lo que fue más sensible, me divorció de vuestras dulces, y eruditas conversaciones.

Escéptico. ¿Y en qué habéis empleado el tiempo?

Aristotélico. En las materias Filosóficas, que acabo de estudiar por uno de los Autores Aristotélicos; si bien no sé qué rumores he oído, de que en el siglo pasado se movió sedición en el imperio de las Letras, atropellando el respeto, y turbando el pacífico dominio, que sobre ellas, por muchos años, había obtenido Aristóteles.

Escéptico. Es verdad; pues reparando algunos más generosos ingenios, que la Física de vuestro Aristóteles no era más, que un diccionario de términos vagos, y confusos, ineptos para explicar sensiblemente los efectos de la naturaleza; o que no tanto es Filosofía, cuanto una especial lengua, que no entiende el Vulgo, han alterado tanto vuestro sistema Filosófico, que apenas hay doctrina, que no haya padecido impugnación, y novedad: Y aquí tenéis dos Amigos (y a fe bien noticiosos) que siguen contrarias opiniones a la vuestra.

Aristotélico. Me admira lo que me decís, pues a Aristóteles le he oído llamar siempre por antonomasia el *Filósofo*.

Cartesiano. Estos a quienes lo habéis oído, lo oyeron también ellos, pues por la mayor parte no le han leído, sino citado, o salpicado: y de los más que le han leído hay vehemente sospecha, de que no le hayan entendido, porque (según él confiesa en su Carta a Alejandro) afectó no dejarse entender; y si algunos le han entendido, los más dicen, que nada dice: ¡con que no sé, por qué título le viene esa soberbia Antonomasia! Logró Aristóteles ser feliz tirano de los entendimientos, como Alejandro, su Discípulo, de las Provincias. Tocó a ruina, y saqueó contra las opiniones de sus hermanos los Filósofos. Recalcitró contra su Maestro Platón. Compró, y obscureció las Obras de Espeusipo. Ocultó la memoria del Grande Hipócrates, de quien robó sus más celebradas doctrinas: (como la del número, y esencia de los Elementos) en fin, ayudado de los tesoros, y autoridad de su Discípulo el Grande Alejandro, recogió, y sepultó en el olvido las Obras, y nombre de sus predecesores los Sabios; y por estos, y otros malos artes, impugnando a unos, y ocultando, o menospreciando a otros, con el sufragio de aquel Gran Príncipe, fácilmente se usurpó el arrogante título de *Filósofo*.

Gasendista. Ayudó no poco a su fortuna, que auxiliado del grosero gusto, y genio cavilador, y supersticioso de los Árabes, logró introducirse, y subyugar todas las Escuelas de Europa (no obstante que padeció varios infortunios, y condenaciones en la de París, como saben los Eruditos, y lo trae Juan Launoi *de varia Arist. in Academ. Parisiens. fortun.*) [3] hasta que con sabia, y cristiana política, viendo que con él se hacía la más cruda guerra al Cristianismo, y que era laudable estratagemas dar a beber a aquellos Bárbaros el purísimo néctar de nuestros Sacros Dogmas en el inmundo vaso de su Filosofía, quedó su corrección a cargo del Angélico Maestro Santo Tomás, (empresa sólo digna de sus soberanos talentos) y así purificado, o por mejor decir desfigurado, fue traído como siervo violento a servir a nuestra Religión Católica, despidiendo a Platón, que tan fiel, y gloriosamente había servido a la Iglesia en sus primeros siglos.

Cartesiano. Pero como no hay fortuna constante en este mundo, en los siglos pasados algunos genios más desembarazados, como Gómez Pereira, Campanella, y otros, insultaron la venerable reputación de este Filósofo, impugnando algunas particulares conclusiones suyas. Finalmente, el famosísimo Renato Descartes fabricó un entero

sistema Filosófico, (y otro el Rmo. P. Maignan) sacudiendo del todo el yugo Peripatético, y restituyendo la razón a su debida libertad.

Gasendista. Y casi al mismo tiempo el Eruditísimo Pedro Gassendo, resucitando, y cristianizando la antigua Filosofía de Epicuro, recopilada por Lucrecio (como Santo Tomás lo hizo con la de Aristóteles) estableció otro diferente sistema, plausible en toda Europa, permitido por la Iglesia, y no menos opuesto a Descartes, que al Aristotelismo.

Escéptico. Pero viendo la falibilidad de los silogismos, y discursos humanos, ha habido otros, que en todo han puesto duda, y sólo se han dejado convencer de la revelación Divina en los Dogmas de Fe, de la experiencia en las cosas naturales, y de los primeros principios de la razón en las consideraciones metafísicas, a los cuales llamamos *Escépticos reformados*. A esta opinión vivo inclinado, como lo viven aquellos más ingenuos, que profesan las Artes prudentiales, y han probado los escarmientos de la conjetura.

Aristotélico. ¡Cosas extrañas me decís! Y pues lo largo, y frío de estas noches de Invierno convida a concurrir, y conversar, estimaré que la Filosofía sea el asunto de nuestros coloquios. Yo escucharé con el mayor desinterés vuestras razones, no sólo por la docilidad de mi genio, sino porque habiendo tan poco tiempo que estudio mis doctrinas, no estoy tan tenazmente asido a ellas, que la casualidad, o la facción hayan pasado a empeño.

Gasendista. Contribuiré muy gustoso con las especies que me ocurran: que aunque no sirvan de ilustrar la disputa, darán ocasión por lo menos a vuestros singulares ingenios, para afinar más los discursos.

Cartesiano. Vos propondréis primero la materia de que se ha de tratar; y en cada conclusión, os diré en breve el pensamiento de Descartes, para que justificadamente sintáis la fuerza de los fundamentos ajenos; y sin la pasión de Sectarios conozcáis la debilidad de los vuestros.

Escéptico. No obstante, señor Aristotélico, si vuestro intento es seguir los estudios Teológicos, cultivad la Filosofía de Aristóteles, como se estudia en nuestras Escuelas, no sólo por la armonía, con que mutuamente se dan la mano el sistema Filosófico con el Teológico, sino porque como el Aristotélico se funda en ideas abstractas, parece más proporcionado para explicar las cosas sobrenaturales, ajenas de toda materialidad; pero si queréis seguir las Ciencias naturales, parece que hallaréis más claras, y útiles ideas en los Filósofos *corpusculares* (que sobre principios Geométricos, y sensibles han interpretado la naturaleza) que en vuestros Autores, que no cuidando en los Cursos que han escrito de adelantar la Física, sólo han tomado por intento hacer unos Proemiales para su Teología.

Aristotélico. No es mi ánimo ser Teólogo; pero aunque lo fuese, oiría con gran gusto noticias tan curiosas.

Escéptico. Pues siendo así, demás de decir yo mi parecer sobre los vuestros, tomaré el trabajo de escribir los Diálogos, aunque ocupe en esto gran parte de la noche sobre las tareas del día; y aunque seamos murmurados de aquellos, que ineptamente gastan mucho más tiempo en novedades, juegos, y diversiones.

Gasendista. Por eso decía un Discreto, que los Médicos estudiosos eran muy parecidos a Plauto, de quien se cuenta, que de día daba vueltas, atado como mulo a una Tahona, para ganar la vida; y de noche escribía las celebradas Obras, que de él nos han quedado.

Escéptico. Pues antes que empecemos las cuestiones, será bien en vez de Proemio hacer una sucinta descripción Histórica de la Filosofía, y su objeto; contar su origen, y progresos; y dar noticia de los principales Autores, que la cultivaron.

Gasendista. Sea muy en hora buena; todos oiremos gustosos esas noticias, que aunque tan comunes, no será común el modo fluido, y agradable, con que nos la dirá vuestra elocuencia.

Escéptico. *Filosofía*, pues, es palabra Griega, que significa *amor a la sabiduría*, voz modesta de que usaron los antiguos Sabios, para explicar con humildad desengañada su poca ciencia, y su mucha afición.

La Filosofía, generalísimamente hablando, es *Ciencia de las cosas Divinas, y Humanas*: en el cual concepto se incluye la Teología, Metafísica, Física, Ética, Jurisprudencia, y Lógica; pero dejando las demás, que no son de nuestro instituto, la Filosofía Física es una *Ciencia*, o por mejor decir, es una *probable noticia de los efectos naturales por sus causas*. Dije *probable noticia*, porque habiéndonos Dios dejado en este mundo sólo cierto el uso de las verdades, pero no la comprensión científica de ellas, por más que investiguemos las causas de las cosas, nos es fácil su probable noticia, pero imposible la evidencia: Esto para mí, no sólo es de Fe humana, sino aun de Divina: pues la Sacra Escritura enseña, que *de todas las obras de Dios, que están debajo del Sol, no puede hallar razón el hombre; y que cuanto más trabaje para inquirirlo, tanto menos hallará*.

No obstante esta Ciencia, o probable noticia, se distingue del conocimiento vulgar, porque el Vulgo ve los efectos, y no sólo no conoce las causas, y razones, por las cuales las cosas son así; pero ni aun prudentemente las investiga, ni trabaja para conocerlas, que es la *pésima ocupación, que dio Dios a los hijos de los hombres*, esto es, a los Filósofos.

Entre estas obscurísimas sombras dejó la Filosofía nuestro primer Padre Adán, desde que el borrón de la primera culpa afeó la Naturaleza, y malogró la hermosa luz de Ciencia, que le infundió su Criador, quedándole sólo por piedad divina la luz de la razón, o primeros principios, que adelantados con repetidas experiencias en el dilatado curso de su vida, le constituyeron en la Ciencia adquirida consumado Filósofo, y Maestro de su posteridad.

De Adán descendieron todas estas adquiridas noticias a los primeros Patriarcas ante, y postdiluvianos hasta Moisés, que las comunicó a sus Israelitas, de quienes pasaron a los Egipcios, Asirios, Caldeos, Fenicios, Griegos, Latinos, Árabes, y de estos a nosotros; pero así como los que caminan muchas tierras suelen mudarse tanto en facciones, y modos, que de nadie son conocidos, así la anciana sólida Filosofía ha desfigurado tanto de su primitivo aspecto, y traje, que si hoy resucitaran aquellos antiquísimos Sabios, no sabemos cuál de las que hoy corren abrazáran; ni aun si alguna de ellas reconocieran.

Volviendo a la Historia, Tales Milesio (uno de los Siete Sabios de Grecia) fue el primero, que habiendo aprendido la Filosofía entre los Egipcios, la participó a los Griegos, quienes por su ingenio sutil, originado del benigno Clima, que habitaban, y su infatigable aplicación, (fundada en la estimación, que de ellos, y sus Obras se hacía) hicieron tales progresos, que llegaron a tener la presunción (como nota Bacon de Verulamio) de que *con ellos habían nacido las Letras, y con ellos habían de perecer.*

Suscitáronse en la Grecia dos principales Sectas de Filósofos, que fueron como matrices de las demás; es a saber, la *Dogmática*, y la *Académica*. La *Dogmática* aseguraba, que había encontrado la verdad de las cosas (si con temeridad, o sin ella, júzguelo quien fuese versado en los fenómenos naturales) y ésta se dividió en dos partidos, el primero se llamó *Jónico*, y el otro *Itálico*.

Del partido Jónico fue Autor el mismo Tales, el cual no sólo trabajó en inquirir los efectos Sublunares, sino se dedicó tanto a la contemplación de las Estrellas, que llegó a pronosticar los Eclipses de Sol, y Luna (efectos, que son los solo demostrables necesarios, y naturales, como que sabida la ley de sus movimientos, es preciso saber, cuando un opaco interpuesto delante de Lucido causara opacidad, o sombra; pues los demás pronósticos, que el ignorante Vulgo cree, son vanos, y ridículos.) El primer Discípulo de Tales fue Anaximandro; a éste se siguieron Anaxímenes, Anaxágoras, Arquelaos, Jenofantes, Heráclito, Demócrito, y otros, hasta que Sócrates abandonando con el partido el *Dogma*, instituyó la Secta Académica, llamada *Antigua Academia*, de que después hablaré.

De la Secta Itálica fue Caudillo Pitágoras, Discípulo de Ferécides Siro, que habiendo pasado a Babilonia, y Egipto (donde entonces florecían más los Artes) volvió a establecer su Escuela en Italia, de donde tomó el nombre de la Secta. Este fue el primero, que se puso el título de Filósofo, porque preguntándole Leonte el Tirano, cuál era su profesión, respondió, que *Filósofo* (esto es, *amante de la sabiduría*) por no usar el vano apellido de los demás Griegos, que se llamaban *Sabios*: de éste fueron Discípulos Timeo Locrense, Arquitas Tarentino, Filolao, Parménides, Zenón, y Meliso, con otros celebérrimos.

La *Secta Académica* (llamada así de *Academo*, un Ciudadano rico, que dejó un Lugar ameno cerca de Atenas para fundar la Escuela) fue instituida por su Príncipe

Sócrates, natural de Ática. Éste después de investigar cuidadosamente la naturaleza, se dedicó [8] todo a la Filosofía Moral, estudiando en corregir, y enderezar sus costumbres a lo justo, y honesto; o porque enfadado de la incertidumbre de las opiniones, buscó lo cierto en la bondad de las costumbres; o porque purificando sus proceder de los apetitos terrenos, creyó poder llegar más desembarazado a contemplar las perfecciones del mismo Criador, donde virtualmente están contenidas las criaturas. Su fin fue trágico, porque como se oponía al Vulgo, impugnando con su natural gracia, y donaire las opiniones de su entendimiento, y reprehendiendo los defectos de su voluntad, fue acusado por algunos falsarios, y envidiosos, e injustamente condenado a muerte; si bien después el mismo Magistrado de Atenas lloró su pérdida, no sólo lastimado de su inocencia, sino codicioso de su pericia.

Los Sectarios de esta Doctrina (al contrario de los Dogmáticos) decían, que nada se sabía con certeza, y así jamás defendían con tenacidad opinión alguna: investigaban, pero nada decidían. Los principales, que la siguieron, fueron Crito, Aristipo, Cebes, Jenofonte, Eurípides, pero el más eminente de todos fue Platón (si no contamos al expertísimo Hipócrates Coe, que en muchos lugares se declara, y en todos se insinúa enemigo del Dogma) y por eso los de este sentir se llamaron *Platónicos*, y también *Escépticos*, que quiere decir *inquiridores de la verdad*.

Otra Academia hubo moderna, cuyo Maestro fue Arcesilas, a quien siguieron Evandro, y más agudamente Carnéades, que con singular elocuencia leyó en Roma, teniendo por Discípulos a Clitomaco, Filón, Antíoco, y mucho después a Cicerón. Estos hiperbólicamente llevaron la duda hasta el extremo, por lo cual fueron llamados *Acatalépticos* (esto es, insensibles) porque decían, que no sólo nada se sabía, sino que ni aún podía saberse; negándose del todo al informe de los sentidos, sin duda hiperbólicamente, por rebatir el demasiado orgullo de los Dogmáticos, que confiaban sobradamente, no sólo en la falibilidad de sus sentidos, sino en la ceguedad de sus potencias, y aserciones.

De los muchos Discípulos de Platón, el más ilustre fue Aristóteles, natural de Estagira, Villa de Macedonia, por lo cual fue llamado el *Estagirita*, hombre de agudo ingenio, y elevado espíritu: éste, muerto Platón, y Espeusipo (cuyas Obras compró por tres talentos, que le dio Alejandro Magno, para disfrutarlas, y borrarlas de la memoria de los hombres) vanaglorioso con la protección de este gran Monarca, su Discípulo, e hinchado con la creencia, o la ficción de que había penetrado los arcanos de la naturaleza, se desdeñó de seguir a Platón, su Maestro, y corrompiendo la leche, que había mamado de la Academia, desertó de la duda, y volvió al errado dictámen de afirmar como ciertas sus sentencias; y por su maña, o apoyo, reducidos a Dogmáticos todos los Filósofos de aquel tiempo, se dividieron en tres bandos: uno de *Estoicos*, cuya Aula era un Pórtico: otro de *Epicúreos*, del nombre de Epicuro, su Maestro: y otro de *Peripatéticos*, llamados así de la voz *Peripato*, que significaba un Patio, donde paseando alrededor disputaban, la cual costumbre, y genio ambulativo conservan aún los Peripatéticos modernos.

De los Peripatéticos fue cabeza Aristóteles: de los Estoicos, Zenón: y de los Epicúreos, Epicuro (como ya dije) cuya vulgar, y falsa fama de sensual, y delicioso vindicaron nuestro Don Francisco de Quevedo Villegas, y Pedro Gassendo, probando ambos nerviosamente, que fue de los Filósofos más sobrios; pues aunque se le imputa, que tuvo su Escuela en lugares amenos, y Jardines, éste no es argumento contra la moderación de sus costumbres; y aunque acabó sus días metido en un baño, y bebiendo un vaso de vino, que le trajeron sus Discípulos, consta, que esto no fue por delicia, sino por remedio del mal de piedra, de que adolecía, y de que murió: pues por otro lado se sabe, que su común alimento era agua, y harina, o cuando más, por extraordinario, un plato de higos, siendo tal su templanza, *que como no le faltase una puche*, solía decir, que *era tan feliz como Júpiter*.

La doctrina de Platón, no obstante, tuvo los mayores créditos en la Iglesia, hasta los ocho primeros siglos. Siguiéronla de los Padres Griegos San Justino, el Gran Basilio, San Gregorio Nazianceno, Clemente Alejandrino, Orígenes, y otros; de la Iglesia Latina bastará nombrar uno por diez mil, y sea el Grande Agustino, que ilustrándola con su soberano ingenio, la hizo servir de prueba a nuestra Sagrada Religión contra los Heresiarcas de aquel tiempo. Pero viendo después, que con las doctrinas de Aristóteles (que entonces servían de fomento a los Herejes, como prueba históricamente Launoy, ya citado) se hacía la más cruel guerra a nuestra Fe, se encargó, y dedicó el Angélico Maestro Santo Tomás a castigarlas, y arreglarlas a las verdades cristianas, para desarmar a los contrarios. ¡Acendrada política del celo Católico! Excluir a Platón, como más seguro, y conforme, teniendo por esta parte mejor guardadas las espaldas, y admitir a Aristóteles, como menos fiel siervo, haciendo como solemos decir, del ladrón fiel.

Los que más se señalaron (vuelvo a decir) en extender la doctrina de Aristóteles fueron los Árabes, que aunque hoy Bárbaros, tuvieron por casi cinco siglos la Regencia de las Letras, y principalmente Averroes, y Avicena, Intérpretes tan apasionados de este Filósofo, que el primero se atrevió sacrílegamente a afirmar, que lo que Aristóteles decía era la *suma verdad*, y que su entendimiento era *el fin del humano entendimiento*. Estos, con las varias inundaciones, que hicieron en Europa, introdujeron, y acreditaron a Aristóteles en nuestras Universidades, de donde se ha derivado esta Filosofía contenciosa, y vociferante, que llamamos *Escolástica*, a diferencia de la *Experimental*; si bien aún no están convenidos todos, pues se han dividido en tres Escuelas, tan acérrimamente entre sí opuestas, que lo explica bien en sus congresos, y disputas el colérico alboroto de patadas, y gritos.

Yo os confieso ingenuamente, señores, lo que ya se ha dicho; esto es, que para la Teología me persuado es más acomodada la Filosofía Aristotélica, por la bien examinada concordancia, que tiene un sistema con otro: pues aunque los Insignes Maignan, y Sagüens, de la Orden de los Mínimos, trabajaron otro sistema Filosófico (que corre con aceptación por toda Italia, y Francia) sobre que fundaron el Teológico, ninguno parece que está con más firme armonía, que el Aristotélico (a lo menos ninguno suena mejor a nuestros Teólogos Españoles) pero en las cosas físicas, y materiales, así como los que ven por vidrio verde, todo lo miran verde, así los que

ven por anteojos Aristotélicos, todo lo ven con *formalidades, abstracciones, reduplicaciones, y virtualidades*: de donde se sigue, que como la naturaleza, para las Ciencias naturales, *no quiere ser abstraída, sino desmenuzada* (como reparó Verulamio) de ahí es, que la Filosofía de Aristóteles es menos conducente para las Ciencias Físicas, cuales son la Medicina, Espagórica, Matemática, Agricultura, Náutica, y demás Artes, que materialmente sirven para los usos humanos, y que no contemplan a los Entes como universales (supremos, subalternos, o ínfimos) sino como corpóreos, y analíticamente divisibles: ni consideran las *hecceidades, petreidades, reduplicaciones, precisiones, connotaciones, causalidades, subsistencias, ubicaciones, relaciones, facultades, cualidades ocultas*, y otros conceptos, que parece no sirven para adelantamiento de la Física; antes inquietan las verdaderas causas, y principios sensibles de las cosas.

Estas razones movieron en el penúltimo siglo a Galileo Galilei, famoso Matemático, y Físico de Florencia, a redimir la servidumbre de su entendimiento, buscando otros más sensatos principios: y dejando respetuosamente para los Claustros (en donde parecen precisos) aquella multiplicidad de Entes, y palabras, que para el fin de investigar la naturaleza, más juzgo le confundían, que le ilustraban.

A su ejemplo Renato Descartes inventó (como ya habéis oído) su sistema mecánico, el cual siguen Rohault, Purchot, Bayle, y casi todos los modernos Franceses. Al mismo tiempo Pedro Gasendo, Canónigo Diniense, y Maestro de Matemáticas en las Escuelas de París, resucitó los ya olvidados átomos de Demócrito, y Epicuro; a la cual opinión se arrima Edmundo Dikinson en su *Física vetus, & vera*, intentando esforzar, que ésta fue la Filosofía, y mente de aquellos antiquísimos Sabios, y Patriarcas de antes, y después del Diluvio.

Yo, considerando tantas diferentes, y encontradas sentencias, por la misma oposición de sus principios saco la más eficaz prueba, de que *aún no está ocupada la verdad*: y que sólo se sabe lo que se experimenta, no lo que se opina: pues por revelación natural de los sentidos nos ha enseñado Dios, que el fuego quema; pero nos ha ocultado el cómo. Bastó concedernos lo útil, sin descubrirnos lo curioso: y así sin cautivar mi asenso en las cuestiones, que propongáis, expondré mis reparos. Inclinaréme tal vez a lo más verosímil; pero nunca creeré, lo que no atestigüe la experiencia, que es el propósito, e instituto de los Escépticos, Secta que no desmerece contarse entre las demás, así porque las especula todas, como porque tiene por Patronos, fuera de los Antiguos; a los hombres de más desembarazado juicio de este tiempo, como Sidenham, Gasendo (que siempre inclina a lo dubitativo, y propone con débil asenso sus opiniones) y entre nuestros Españoles (fuera del Doctor Don Miguel Boix, mi suspirado amigo, y otros muchos doctos Médicos) al que vale por muchos, el eruditísimo Don Diego de Saavedra, Carnéades de nuestro siglo, que en su *República Literaria*, habiéndose antes declarado a favor de la duda, satiriza tantos libros, como hay escritos inútilmente, y que no sirven para descubrir la verdad, diciendo con su acostumbrado donaire en el expurgatorio que hace de ellos, que *a los que llegaban con materias de Astrología, Nigromancia, sortilegios, adivinaciones, y Alquimia, los enviaban para hacer cohetes, e invenciones de fuego*:

a los Satíricos, para papeles de agujas, y alfileres, para envolver pimienta, dar humo a narices, y hacer libramientos: a los que traían materias Médicas, para tacos de arcabuces; y a los de Filosofías imaginarias, para florones, gatos, y perros de cartón. El juiciosísimo Verulamio fue de sentir también, que *cuantas Filosofías había inventadas, y recibidas, eran otras tantas fábulas, y Escenas Cómicas,* haciendo cada uno el mundo a su gusto, convocando, y amasando los Elementos a medida de su paladar, y estableciendo arbitrariamente hipótesis tan difíciles de probar, como de creer.

Verdaderamente la razón desapasionada dicta, que para proceder con rectitud en estas materias naturales, sólo debe darse crédito a la observación, y experiencia, recusando los meros discursos, y los Autores, y sus Escritos desnudos de ella: ¿pues quién será tan necio que no crea que hay Indias habitadas, porque gravísimos Autores escribieron, que no había más tierra que el Continente, entonces descubierto? ¿Ni crea, que se puede vivir (y más cómodamente) en Quito, y Lima, porque otros discurrieron, que la Línea, y toda la Tórrida Zona era inhabitable por los grandes ardores? ¿Quién se negará a que circula la sangre en nuestro cuerpo, porque Galeno, y Avicena no lo dejaron claramente prevenido? Sólo la autoridad de Dios, y la Iglesia es infalible; las demás pueden engañarse, y engañarnos.

Tampoco es racionalidad mantener tercamente una opinión, sólo porque la aprendimos, y nos hemos hecho faccionarios de ella; más razón será examinarla con reflexión, y dar indiferente oído, escuchando todas las partes, para hacer más recta justicia. Yo supongo, señores, que vosotros no seréis de estos espíritus obstinados, y en particular el señor Aristotélico; mas si acaso lo fuéreis, dejemos los coloquios, y no prosigamos adelante, que es perder el tiempo, y la paciencia discurrir con los tercamente preocupados.

Aristotélico. Yo ofrezco escucharos con la mayor docilidad: pues los Aristotélicos, aunque reputados por tenaces de sus opiniones, no pueden negarse a la razón, ni yo es razón me niegue a ella, y más oyéndola con el realce de vuestra explicación.

Gasendista. Es así; yo he conocido muchos Aristotélicos ingenuos, y dóciles, que aunque para la vida común, y en el fuero exterior, defendían sus principios, en el interior, y privadamente bien conocían, y confesaban la insuficiencia de ellos, para explicar con claridad los efectos de la naturaleza. Y así para pasar a otras conversaciones, concluid vuestro discurso Proemial.

Escéptico. Prosgo. Esta voz *Física* es Griega, y significa *Ciencia de la naturaleza*, o conocimiento del cuerpo natural, en cuanto natural. Por naturaleza, tal vez se suele entender la esencia de una cosa, y así en Dios concebimos naturaleza, porque concebimos esencia, o ser Divino.

Otros por naturaleza entienden la materia; y la forma; otros, lo que se contrapone al arte, o industria; tal vez llamamos natural a aquello que se opone a lo violento; pero más propiamente, y a nuestro asunto: Naturaleza en general, es *el conjunto de todas*

las causas criadas, y destinadas a obrar, según las leyes, que las impuso su Dueño, y Criador: y por eso llamamos a Dios Autor de la Naturaleza, o Naturaleza naturante, porque crió, y ordenó estas causas segundas con determinadas leyes, y destinos para la composición, y armonía del Universo.

Aristóteles dijo, que la naturaleza era *principio de movimiento, y quietud de aquella cosa en que está primariamente por sí, y no por accidente*. Pero omitiendo lo prolijo, y obscuro de esta definición, si se reparan con cuidado todos los efectos de la naturaleza, se hallará, que *lo que se mueve* (como enseñó el mismo Aristóteles) *por otro se mueve*: pues cualquier cuerpo de suyo es indiferente al movimiento, o la quietud, si otro de fuera no le determina: con que si los Aristotélicos no tienen su definición por infalible, nos permitirán, que la tengamos por sospechosa. Fuera de que no nos explican, siendo la naturaleza principio indiferente de movimiento, y quietud, quien la determina a uno, u otro, pues ambas cosas a un tiempo son incompatibles. Ni nos reveló Aristóteles, cómo, y cuándo la naturaleza era causa de movimiento; [15] o cómo, y cuándo lo era de quietud. Y así, mientras no nos lo aclaren, no deben llevar a mal, que les embarguemos la tal definición.

Sólo Dios es el único, y verdadero principio del movimiento, pues fue quien dio el primer impulso a la materia, el cual hasta hoy se conserva comunicado de unos cuerpos a otros, y repartido variamente en toda la naturaleza, hasta que lo mande aquietar el mismo Dios, que es también verdadero principio de quietud. Este mismo movimiento, según sus varias remisiones, concursos, participaciones, y modos, origina todas las alteraciones, generaciones, y corrupciones, que en el Mundo observamos.

Mucho mejor definió Platón a la Naturaleza, cuando dijo, que era *Arte de Dios en la materia*, pues todas las cosas naturales no son más que unas máquinas de la idea Divina. Y así como el Reloj entre las cosas artificiales no se mueve por sí, sino conserva por razón de la conexión de sus ruedas, y la opresión del muelle, aquel primer movimiento a que le destinó el Artífice: así las cosas naturales, que son fábricas de su Criador, hechas con Matemática Divina en *número, peso, y medida*, no son principio de su movimiento, sino habiéndole recibido, o le mantienen, o le participan, según las leyes, y potencias, con que fueron criadas.

De aquí se infiere contra el vulgar sentir, que la naturaleza no debe entenderse por cada cuerpo singular, como principio, y causa de los movimientos, y mutaciones, que en sí tiene (pues si quedara un solo cuerpo, destruidos todos los demás del Universo, no fuera por sí capaz de moverse, o mudarse de aquel estado, o sitio en que Dios le dejase, ahora fuese quieto, ahora movido) entiéndese por naturaleza la colección de todas las causas, que concurren a las tales mutaciones; v.gr. cuando el Árbol crece, no es él solo principio de su movimiento vegetativo, sino el Sol, el Aire, el jugo de la tierra, y las demás causas, que influyen, y contribuyen activamente a la preparación, cocción, introducción, y circulación por sus fibras del humor, que sirve de nutrirle. Con que la voz *naturaleza* es una palabra compendiosa para explicarnos brevemente, aunque contiene en sí muchas ideas, y no quiere decir una sola cosa singular. Los

imperitos Filósofos usan de ella, para disimular su ignorancia, pues con el corto socorro de esta voz desatan fácilmente los más arduos fenómenos, diciendo de cualquiera de ellos, que *es obra de la naturaleza*; así echando obscuridad sobre la pregunta, quedan satisfechos, aunque malamente, de su respuesta. Dicen de la naturaleza, que es *Autora de cosas estupendas: Maestra, sin Maestro*: que *nada hace en vano*: que *aborrece lo superfluo*, y otras iguales expresiones; pero después de todas ellas, el que pregunta se queda con su curiosidad, y el que responde con su remordimiento de conciencia. Pregúntase, *¿por qué la pólvora causa estruendo?* ¡Pronta, y fácil respuesta! *Por su naturaleza*. *¿Por qué del retozo de los gatos inferimos la lluvia?* *Por su naturaleza*; y así de lo demás. ¡Por cierto descansada clave! A esta cosa en muy breve está uno hecho consumado Filósofo.

Vuelvo al intento: el objeto material de cualquier Facultad es la materia de que trata; y el objeto *formal* es la razón, o modo, debajo del cual la trata; y de los dos resulta el objeto *total*, o *de atribución*; v. gr. el objeto material de la Matemática es la cantidad; el formal es la mensurabilidad, porque la Matemática trata de la cantidad en cuanto mensurable, y éste es su objeto total: así el objeto material de la Física es *la naturaleza, o el cuerpo natural*: el formal es la razón, debajo de la cual trata de él; esto es, *en cuanto natural*, o en cuanto es una substancia impenetrable extendida, capaz de moverse, quietarse, dividirse, figurarse, y las demás cualidades, o afecciones, que de aquesto nacen: y del conjunto de ambas cosas resulta el objeto total, que las Escuelas llaman de *atribución*; esto es, el cuerpo natural, *en cuanto natural*.

Diferénciase la Física de otras Ciencias, y disciplinas, que tratan también del Ente natural, porque tratan de él debajo de distinta consideración; v.gr. la Medicina trata del Ente natural, sólo en cuanto sanable, o en cuanto conducente para la sanidad: la Química trata de él, en cuanto resoluble en sus principios, mediante el fuego: la Maquinaria, en cuanto figurable, elástico, y moble: la Óptica, en cuanto visible; y así de las demás, que pueden llamarse Físicas particulares, y que han servido de mucho a los Filósofos modernos para el adelantamiento de la Física general.

Dividiremos toda la Física general en diez Conversaciones: La primera es ésta, que sirve como de Prolegómeno. La 2 será *de la materia prima*. La 3 *de la forma substancial*. La 4 *de la esencia, y existencia del cuerpo natural*. La 5 *de los principios perceptibles (llamados Elementos) de los mixtos*. La 6 *de las primeras, y comunes afecciones del cuerpo natural*, como la magnitud, movimiento, quietud, figura, y sitio. La 7 *de las cualidades particulares*. La 8 *del sistema del Mundo*. La 9 *de los cuerpos Celestes, y Meteoros*. La 10 disputa, *si los Brutos tienen alma sensitiva, o son meras máquinas corpóreas*. Y baste por hoy, pues divertidos en la dulce conversación:

Iam condit radios Orizon: iam candida lucem
Luna negat: splendent tremulo sub lumine Campi.

DIALOGO II

De la materia primera.

Aristotélico. Cartesiano. Gasendista. Escéptico.

Escéptico. Celebraré, que anoche no quedáseis cansados.

Aristotélico. Sólo puede cansar el no oíros: a mí, por lo menos, el día se me ha hecho largo, y sólo ha templado mi impaciencia la esperanza de volver brevemente a escucharos.

Escéptico. Pues para no perder tiempo, y proceder metódicamente en nuestras Conversaciones, esta noche hablaremos de la *materia primera*, que es uno de los primeros, e imperceptibles principios del Ente natural, o el primer sujeto, que compone todos los cuerpos naturales, o compuestos substanciales del Universo; y a vos, señor Aristotélico, os pertenece darnos la primera materia para discurrir.

Aristotélico. Siguiendo, como ley, vuestro gusto, digo, que los primeros principios son aquellos, de que primariamente se compone el cuerpo físico, y natural. Dícense *primeros*, porque *ni se hacen ellos de sí, ni de otros: y todo se hace de ellos*. Estos son (según nuestra Escuela) tres; es a saber, la *materia*, la *forma*, y la *privación*. Pues cuando del leño, v.gr. se engendra fuego, este fuego transmutado se compone de la *materia*, (que es la misma que había en el leño, pues ésta es incorruptible) de la *forma* de fuego, (que le determina en ser de tal compuesto) y de la *privación* (que había antes en la materia) de la forma del fuego.

Cartesiano. Por cierto es cosa prodigiosa, según vuestra doctrina, que sobre tres nada esté fundado el todo del Universo: y que todas las cosas se compongan de tres, que no son cosas. Parece paradoja, y de chanza la propuesta, pero no es sino feria, y muy formal; porque si creemos a vuestro Fundador Aristóteles, (*lib. 7. Metaph. cap. 3*) la materia es aquella, que *neque quid*, ni es algo: *neque quantum*, ni es cosa chica, ni grande: *neque quale*, ni tiene cualidad alguna: (esto es, ni es caliente, ni fría, ni tibia, ni blanda, ni dura, ni obscura, ni clara, ni áspera, ni lisa) *neque aliquid eorum, quibus sit ens determinatum*; esto es, que no participa de alguno de los diez predicamentos, que puso en sus categorías, y que hacen a un Ente determinado, que son *substancia, cantidad, cualidad, relación, acción, pasión, dónde, cuándo, sitio, y habitud*. Con que ni es substancia, ni accidente: ni extendida, ni sin extender: ni tiene cualidades: ni se compara con otra cosa: ni hace, ni padece: ni está en parte alguna: ni tiene duración: ni tiene sitio, ni hábito. Por Dios, antes que pasemos adelante, quisiera preguntaros, (con licencia de vuestro Aristóteles) si pudiérais hallar mejor definición de la Nada, que ésta que dáis de la Materia? Ella apetece todas las formas por sí, y por sí no existe; con que tiene actual apetito, aun cuando no tiene actual ser. Pero no quisiera demasiadamente enfadaros: vamos a la segunda nada, que es la Forma. Ésta decís, que es educida de la materia: con que es sacada de la nada, según lo que acabo de decir: y si, según orden natural, *de nada, nada se hace*, la forma será

nada, como que saca su ser de la nada. Fuera de eso, la Forma, ni puede existir separada por sí, pues depende de la materia, y sale de su seno, como de una matriz fecunda: (así soléis explicaros) con que no siendo su ser capaz de ser *por sí*, sino dependiendo de otro, no parece substancia. Por otro lado, no pudiendo existir, ni ser, sino en otro, no es accidente. Tampoco es corpórea, porque no es materia. No es impenetrable, porque está en el mismo lugar que la materia; y mutuamente, ni se resisten, ni se excluyen de un mismo espacio, antes son necesariamente compatibles. Tampoco es incorpórea, porque no es espíritu; no tiene cualidades, y es quien las da: con que es un conjunto de contradicciones, que verdaderamente más parece quimera, que forma, y a bien librar es otra nada. De la privación (siendo carencia) nadie duda que es nada. Con que la generación (que llamáis *mutación*) según vosotros, es una segunda especie de creación, pues de tres nada lo hacéis todo.

Nosotros los Cartesianos, suponiendo, que el cuerpo físico tiene extensión sensible, creemos necesariamente, que está compuesto de partes extensas, las cuales deben estar compuestas de otras, hasta llegar a otras mínimas, que no se sujetan a los sentidos, y sólo el entendimiento debe conjeturarlas, a las cuales llamamos primeros principios del Ente natural. Estos principios primeros (que también suelen llamarse *principios mecánicos*, porque con ellos mecánicamente se explican todos los fenómenos de la Naturaleza) en la hipótesis de mi Cartesio son tres; no porque él, ni quiera, ni pueda demostrarlos, sino porque hecha la hipótesis, o suposición de que sean ellos, se conciben clara, y fácilmente todos los efectos Físicos: ni porque se atreva a afirmar, que Dios hizo el Mundo debajo de las leyes, que él propone, sino porque en caso de estar hecho así, como discurre, se observarían los mismos fenómenos, que hoy se observan en esta presente providencia: y en esto funda la verisimilitud de su sistema.

De los tres primeros principios, el primero es la *materia sutilísima*. El 2º la materia sutil, *globulosa*, o etérea: y el 3º la materia *estriada*; porque el mismo Cartesio (*part. 3. principior. Philosoph.*) supone, que cuando Dios crió la universal materia, después de dividirla en partículas casi iguales, y de mediana magnitud, las dio toda aquella cantidad de movimiento, que hoy se halla en el Mundo: con el cual fueron movidas igualmente, no sólo cada una alrededor de su propio centro, (mutuamente separadas, de modo que compusiesen como un cuerpo fluido) sino muchas juntas, alrededor de otros puntos, o ejes, que eran como otros tantos *remolinos*, o *torbellinos*: de donde, según las leyes mecánicas del movimiento, debieron resultar las tres dichas especies de materias, o principios: El *primero*, aquel menudísimo, como serrín, que resultó del continuo choque de unas partes con otras, el cual se acomodó a llenar los rincones, que las otras partes dejaban, capaz de toda figura, y tenaz de ninguna. El *segundo*, los globillos, o particulillas redondas, que se formaron, desmoronados los ángulos con los repetidos golpes, y tropiezos. El *tercero*, la materia más crasa, o de figura menos apta para moverse. Del primero se hizo el Sol, y las Estrellas fijas. Del segundo los Cielos. Del tercero la Tierra, con los Planetas, y Cometas: porque en este Mundo aspeable sólo observamos tres especies de cuerpos: unos, que producen luz; otros, que la traducen; y otros, que la rechazan: (esto es, unos *lúcidos*, otros *diáfanos*,

y otros *opacos*) con que no mal se reducen todos a los tres primeros Elementos referidos; y estos son la primera materia de que se hicieron todos los Entes.

De aquí se infiere, que la materia prima es un Ente físico, extenso, impenetrable, que tiene propia existencia, y que aunque no es cuerpo en especie determinada, v. gr. leño, hierro, u oro, es no obstante cuerpo, en quien debemos concebir actual existencia, y extensión en las tres dimensiones, longitud, latitud, y profundidad: es divisible, figurable, mole, y así indiferente a recibir cualquiera forma.

Gasendista. Lo primero, que se ofrece contra esa hipótesis, es, que aquellos primeros cuerpos de casi igual magnitud, en que Dios dividió la materia, cuando la imprimió el primer movimiento, no sé por qué no se puedan llamar *Átomos*, (si no es, que esta voz sea escandalosa, y ofensiva de los oídos Cartesianos) siendo unos cuerpecillos sólidos, ágiles, e imperceptibles; ni sé cómo entienden, que pudiesen estar divididos, pues no habiendo hueco, ni otro cuerpo más tenue en medio, no es conceptible la tal división en principios del mismo Cartesio; como quiera, que entre todos compondrían una masa tan sólida, continua, y compacta, como cada uno de ellos era en sí: pues por eso cada uno era macizo, y no dividido, porque entre sí, ni mediaba espacio, ni se interponía otro diferente cuerpo; (pues aquellas cosas decimos, que no están divididas, que ni se apartan, quedando algún espacio, o cuerpo entre ellas, ni se rompe la trabazón, o engarce, que antes tenían sus partículas) así es, que entre toda aquella masa, o caos, después de su primera división, (así como entre cada partícula suya) ni mediaba espacio, hueco, ni se interponía otro algún heterogéneo cuerpo, ni se rompía la trabazón de sus partículas; porque para estar trabadas era menester, que fuesen antes de figuras irregulares, y como anzuelosas: (lo cual es contra la hipótesis, pues antes del primer movimiento no las pueden suponer movidas, ni figuradas) luego toda aquella masa, o caos era un cuerpo macizo, continuo, y no dividido, lo cual sin duda es contra lo supuesto, pues implica haber dividido Dios la materia, y quedarse ella continua, y sin dividir.

Lo segundo, que se ofrece contra Descartes, es, que sus elementos no son primeros principios, pues se suponen otros antes que ellos: es a saber, aquellos primeros cuerpos, que movidos por Dios, vinieron a formarse en *materia sutil, globulosa, y estriada*, pues son los más simples, y primeros: luego aquellos primeros son los Elementos, y los otros tres segundos los elementados. Añádese, que una vez divididos, ya tuvieron figura determinada: luego forma determinada, pues la específica distinción, según Descartes, de un cuerpo a otro, no es más que la distinta figuración: luego no son pura, y prima materia.

Lo tercero que se ofrece, es, que Dios, con toda su Omnipotencia, no pudo hacer mover aquellos primeros cuerpos, porque no se puede empezar a revolver un cuerpo cúbico, o cilíndrico junto a otro de la misma figura, sin que se aparte alguna superficie de la superficie del otro; pero Dios, con todo su poder, no pudo hacer, que se apartasen las superficies, porque quedaría vacío, (el cual, ni de Potencia Divina se puede dar, si creemos al mismo Cartesio) no habiendo entonces cuerpo alguno más sutil, que le llenase: luego Dios, con toda su Omnipotencia, no pudo empezar a poner

en movimiento aquellos primeros cuerpecillos. Esta misma razón vale para que al chocarse las esquinas de estos cubos, o cilindros, no pudieran desmoronarse, por no haber aún fabricado ripio, que ocupase los huecos, que debían dejar. Estas, y otras dificultades incluye la hipótesis Cartesiana; y cierto no obró políticamente su Autor, pudiendo fácilmente evadirlas, pues la misma cosa le hubiera tenido suponer desde el principio ya formados por Dios los tales tres Elementos; y pues todo corría a su arbitrio, imprimir el primer movimiento en el ya supuesto triunfurato de materias.

Aristotélico. Nosotros nos evadimos de esas dificultades, diciendo con el Filósofo...

Cartesiano. Suplicoos, que en adelante, reforméis esa Antonomasia, odiosa a todos los Eruditos, que no ignoran la excelencia de los demás Filósofos.

Aristotélico. Entre nosotros es muy corriente este modo de hablar, porque no cuidamos de la doctrina de los demás Filósofos. Pero en fin, ya que no os agrada la definición negativa de la materia, porque no explica lo que es, sino lo que no es, Aristóteles da otra positiva, pues dice, que la materia es *el primer sujeto, de que se hace algo, quedando primeramente por sí, y no por accidente.*

Gasendista. Eso explica la materia por unos atributos tan generales, y por consiguiente tan oscuros, que apenas podemos entender lo que es. Entendemos, que es el primer sujeto de la generación, y el último, en que viene a parar todo lo que deja de ser; pero no basta decir, que es el primer sujeto, si no nos decís, lo que es, antes que se sujete: pues si alguno me preguntara, señor Aristotélico, *quién erais vos*, no sería buena respuesta decir, *que erais el primero, que vino esta noche*; porque me repreguntaría, *¿quién erais antes de venir?* Y entonces sería necesario decirle, a lo menos, la Escuela que seguís, las propiedades que tenéis, y otras cosas que ayudarán a describiros; *¿pero qué idea clara podéis tener de la materia, sabiendo sólo que es el primer sujeto de la generación substancial, si no sabéis lo que és en sí, sin el respeto a esa sujeción?* La misma que yo tendría de Fuenterrabía, sólo con decirme, que es el primer Lugar de España: o del Navío llamado San Fernando, porque me digan, que es el primero, que llegó en Galeones.

Nosotros con Gasendo, que cristianizó a Epicuro, y Demócrito, (*lib. 2 Physicae, sect. 1 cap. 5.*) defendemos, que los principios del Ente natural en su producción (o *in fieri*) son los átomos, y el movimiento; y los de él ya producidos (o *in facto*) son los átomos, y la configuración; esto es, la combinación de sus magnitudes, figuras, y movimientos, con el debido sitio, y orden: y nos inclinamos a que la primera materia de los compuestos naturales son los dichos *átomos*, primeros elementos, o semillas de las cosas. Estos son unos tenuísimos, mínimos cuerpecillos, indivisibles, o impartibles (no porque carezcan de extensión, y no tengan su tal cual magnitud, aunque menudísima: pues no son como los puntos, que consideran los Matemáticos) sino porque aunque tenuísimos, y extensos, son sumamente sólidos: con que no habiendo flanco, o hueco por donde cedan, ni otro cuerpo más sutil, que los penetre, y rompa, no hay fuerza en la naturaleza para dividirlos físicamente.

La razón que hay para probar estos átomos, es, la misma con que prueba Aristóteles, que hay materia primera, (así la hubiera señalado) pues la naturaleza nada hace de la nada, ni nada reduce a la nada, sino todo lo hace de algo: luego en la última resolución ha de quedar algo, lo cual sea irresoluble, e intransmutable; esto no puede ser, sino unos corpúsculos sumamente macizos, incorruptibles, e insectiles, cuales son los átomos: luego estos son la primera materia, de que se engendran, y en que se resuelven todos los Entes naturales.

Persuádese más, pues la fuerza de la naturaleza es limitada: luego sólo tiene virtud de resolver los cuerpos hasta cierto término, del cual no puede pasar. A estos cuerpecillos, pues, que son el límite de su poder, llamamos *Átomos*; y aunque entre ellos admitimos necesariamente (como condición para los movimientos de alteración, generación, y corrupción del Universo) vacíos, o espacillos interpuestos, que dan lugar para la división, y resolución de los compuestos naturales, estos vacíos, ni son elementos, ni principios, sino condición, porque lo que esencialmente es cuerpo, no puede componerse de principios, que no sean cuerpo; y el vacuo es nada en razón de cuerpo, aunque es algo en razón de espacio.

Que estos átomos sean en sí insectiles, y no divisibles indefinidamente, e infinitamente, (que es lo mismo, si no jugamos con las voces, como vuestro Cartesio) se prueba: ¿pues qué más claro absurdo, que tener en la mano una cosa finita, y terminada, v.g. una pluma, y que sus partes sean infinitas, e interminables? No siendo otra cosa el todo, que sus partes juntas. ¿Qué cosa más ridícula que creer, que la punta del pie de un mosquito se puede dividir en mil millones de millones de partes, y cada parte de estas en otros mil millones; y que aunque se esté así dividiendo cada parte por momentos, un día, un mes, un año, mil millones de años, y aun por toda la eternidad, aun aquella última parte es divisible en otras tantas, por otros tantos millones de años, y de siglos, hasta el infinito; porque si llegamos a alguna parte, que sea insectil, o no pueda más dividirse, ya tenemos un átomo. Y esto, sólo porque dice Cartesio, que en aquella última mínima partícula, es preciso aun concebir parte superior, inferior y laterales, como si fuera lo mismo ser divisible por el entendimiento, que física, y prácticamente: o fuera inconceptible, que dos puntos prácticamente indivisibles, aunque extensos, enteramente no se tocasen.

Verdaderamente, ¿quién se persuadirá, a que todo el Mundo no se puede dividir en más partes, que el pequeñísimo pie de un mosquito? ¿Quién no se reirá, de que una sola gota de vino sea divisible en tantas partes, que pueda mezclarse con toda la inmensa agua del Mar, y aun llenar todo el Mundo, y mil Mundos como éste, e igualarse en extensión con ellos? Pues siendo indefinitas, como dice, aun quedarán indefinitas de sobra. Luego por no caer en estos ridículos inconvenientes, es menester llegar a corpúsculos impartibles, que son los *Átomos*.

Ni vale decir, que estas partes son infinitas en potencia, y finitas en acto; porque, una de dos, o un cuerpo no tiene partes, o son infinitas en acto; pues, según vosotros, si sólo llamáis partes, las que están actualmente divididas, un todo unido, ni una, ni dos

tiene divididas, y si llamáis partes, en las que se puede dividir, tendrá actualmente infinitas, pues puede dividirse en infinitas.

Supuesto, pues, que la materia prima son los Átomos dichos, a estos les convienen todas las propiedades de cuerpos; es a saber, magnitud, (porque ellos dan toda la grandeza a los cuerpos, que vemos, y el más gran cuerpo no tiene más magnitud, que la que le dan los átomos de que se compone) peso, resistencia, y tanta parvidad, que cada uno es imperceptible a los sentidos: pues aunque el Vulgo llama *Átomos* a aquel sutil, como polvillo, que se ve, cuando entra el Sol por un agujero a un cuarto obscuro, se engaña, porque no hay cuerpo tan chico, (con tal, que sea visible) que no se componga de muchos millares de átomos. ¡Tan sutil es la naturaleza, que lo que nosotros reputamos por pequeñísimo, para ella es muy grande, y grosero! Y así el Microscopio ha enseñado, [26] que en un granito de mostaza hay muchas superficies; y por él se ven sobre la más chica hoja de ruda, innumerables animalillos verdes, en los cuales sin duda debe haber entrañas, las cuales se compondrán de fibras, por donde circulen sus humores, y estos humores deben ser masas, compuestas de muchas partículas heterogéneas, y aun cada una debe ser mixto, compuesto de los elementos; en una Ciesa, que parece un punto, apenas visible, es cierto que hay boca, aguijón, astas, seis pies, y vello en cada uno, como demuestra el Microscopio: debe también haber, según la Economía animal, estómago, intestinos, hígado, corazón, pulmón, cerebro, y en cada una de estas vísceras, nervios, arterias, venas, y en ellas humores; en sus piernas debe haber coyunturas, músculos, tendones, membranas, y en cada parte de estas, vasos en los vasos líquidos, y en los líquidos heterogeneidad de partes, y aun en cada parte elementos secundarios, compuestos de los primarios, o átomos. De tan menudos principios construye sus fábricas la sutilísima Naturaleza.

Estos átomos son *varios en magnitud* desde su creación, y con esta variedad responden los Epicúreo-Gasendistas, a las dificultades, que objetan los Aristotélicos contra el continuo de Zenón, compuesto de átomos indivisibles, y diversos en magnitud; pues dicen es repugnante, que el átomo que es mayor no tenga en sí divisible aquella parte, que constituye su mayoría, o exceso; y estotros responden, que el átomo mayor es divisible, y extenso matemática, y mentalmente; pero no físicamente, pues no tiene partes físicas; porque siendo una simple entidad, producida por creación, no puede ser compuesta de partes físicas antecedentes.

Cartesiano. Pero como responderán al que reputan por insoluble argumento los Peripatéticos, y Cartesianos, conviene a saber: si cualquier cuerpo continuo se compusiese de átomos indivisibles, se inferiría, que un cuerpo tardo, como la Tortuga, debía caminar en un mismo tiempo, lo mismo que una Águila, o una Estrella; pues el cuerpo tardo no puede caminar menos en un punto de tiempo, que un punto de espacio (por cuanto los puntos son indivisibles en vuestra hipótesis) así es, que el cuerpo velocísimo, por muy rápido que camine, no puede menos de gastar un punto de tiempo, en caminar un punto de espacio: luego el cuerpo tardísimo, y el velocísimo, caminando un mismo tiempo, andan lo mismo, lo cual es absurdo, y contra lo que se experimenta.

Gasendista. Si contra alguno valiera ese argumento, fuera contra Zenón, Príncipe de los Estoicos, que se figuró los átomos iguales, y sin extensión; pero contra nosotros, que los suponemos desiguales, y extensos, no tiene fuerza alguna: pues siendo uno mayor que otro, se entiende muy bien, que el cuerpo más tardo camine la mitad de distancia, que el otro; y aunque el más veloz camine muchos puntos de espacio, mientras el más tardo aún no haya acabado de caminar uno. Cuanto y más, que el moverse un cuerpo tardamente, no es otra cosa, que no moverse en todos los puntos de tiempo, sino tener sus *morulas*, o paradas: (de las que no hace tantas el cuerpo veloz) luego se implica en términos el argumento, pues siendo un cuerpo tardo, y otro veloz, supone, que ambos caminan un mismo tiempo: pues las paradas interpuestas, que el tardo hace, no pueden contarse por tiempo, en que camina. Con esto nos ahorramos de aquellos términos oscuros, *categoremático*, *sincategoremático*, *partes alícuotas*, y *proporcionales*, con que las Escuelas intentan dar soluciones más intrincadas, que el mismo *Continuo*.

Prosiguiendo, pues, la descripción de los átomos, también son varios en figura, unos redondos, otros trianguales, otros anzuelosos, &c. y de esta variedad de figuras proviene, que unos cuerpecillos penetren el órgano de la vista, y no el del olfato, u oído, porque caben, y se proporcionan, para impresionar las porosidades de un órgano, o no caben, o pasan holgados, y sin tropezar por las del otro. Proviene también, que los cuerpos disueltos, y después aquietados, siempre queden formados en determinada figura, según la figura que les dan la combinación de sus átomos, y así la sal común queda formada en cuerpos cúbicos, el alumbre en octaédricos, u ochavados, el nitro en hexágonos, y así de los demás. [28] Finalmente proviene, que unos cuerpos sean más fijos, y otros más volátiles, por el mayor, o menor enlace, y trabazón, que tienen entre sí las partículas, originada de la especial figura de los átomos, por la cual son capaces de engarzarse más o menos estrechamente; por eso la plata no vuela en la copela, como el plomo, o mercurio, y el oro aún es más resistente, porque las partículas rapidísimas del fuego pueden arrebatarse los cuerpecillos menos unidos; pero no pueden los más trabados, o porque en los cuerpos, que tienen los poros más anchos, hallando fácil paso los corpúsculos que exhalan del fuego, no hacen tanto ímpetu en sus partículas, y así no las arrebatan.

También tienen los átomos el determinado movimiento, que Dios les imprimió en su creación, según la idea, y leyes, con que determinó hacer este mundo, el cual grado de movimiento siempre conservan, mientras no están impedidos, y enredados con otros; pero al punto que se ponen en libertad, nuevamente le recuperan, por serles natural, y congénito.

En esta opinión se explica mejor la naturaleza, que en otras, y según el rigor, con que la llevó Epicuro, sólo tiene que enmendar, para cristianizarla, el *que los átomos sean infinitos, y que se muevan casualmente por sí*; pero diciendo, que Dios los hizo finitos, y los imprimió el movimiento, según sus eternas ideas, queda reformada, sin grave escándalo, pues mucho mayor castigo, y corrección necesitó la de Aristóteles para ajustarla a los Dogmas de Fe. Por lo demás, con ésta se explican más sensiblemente los fenómenos naturales; es a saber, ¿por qué una cosa es rara, o

densa; blanda, o dura; aguda, o embotada; volátil, o fija? Lo que no pueden explicar tan bien, los que dan la materia infinita, o los que la dan figurada; pero con tan escasa variedad, que, o no basta, o no es del caso para tanta diversidad de cosas, como constará adelante, cuando se hable de los fenómenos físicos, y de las cualidades de los cuerpos.

Escéptico. Tantas han sido, señores, las diversas sentencias sobre los principios del Ente natural, que su misma variedad muestra bien, que hasta ahora no se saben. [29] Por eso los Griegos a la materia prima la llamaron *Selva*, o porque Dios la ocultó, y enmarañó tanto al examen de los hombres, o porque es de tal modo obscuro el camino de encontrarla:

*Quale per incertam Lunam sub luce maligna
Est iter in Silvis, ubi Coelum condidit umbra
Juppiter, & rebus nox abstulit atra colorem.*

Unos dijeron, que era el agua, y otros el fuego, otros la extensión, otros los átomos. Pitágoras dio por principios la materia, y los números. Platón la materia, y las ideas. Aristóteles la materia, y la forma. Epicuro los átomos, y el vacío:

*Omnis ut est igitur per se natura duabus
Constitit in rebus, quae corpora sunt, & inane.*

Cartesio sus materias, sutilísima, globulosa, y estriada. Gasendo sus átomos, y la configuración. Y en fin, si se hubieran de referir todas las opiniones, sería menester más tiempo que el de una noche. Pero como sólo quietamos la mente, en lo que tocamos con los sentidos, y nadie fue testigo de vista de la materia de que Dios hizo este Universo, es propiamente echarse a adivinar, quererlo saber, mientras no lo revele el mismo, que lo crió. La revelación que tenemos es, que *en el principio crió Dios el Cielo, y la Tierra*. De este dogma certísimo se infiere, que jamás hubo materia alguna sin forma, pues en el principio sacó Dios de la nada Cielo, y Tierra, sin duda con sus formas de Cielo, y Tierra: y se infiere, que esos átomos, y esas materias cúbicas, que se formaron en sutiles, globulosas, y estriadas, por varios torbellinos, son meras ficciones de la fantasía, pues en el principio fue criado el Cielo, y la Tierra, y antes del principio nada precedió, sino la nada; las demás hipótesis, que se desvían del Sacro Texto son Gentílicas, e imaginarias: pues considerar la materia desnuda, y prescindida de toda forma, es considerar un Ente de razón, que no tiene otro ser, que en el entendimiento. Y porque mejor lo veáis, decidme, señor Cartesiano, aquellos primeros cuerpos cilíndricos, que, según vuestra mente, se revolvieron sobre su propio centro, ¿no tenían su especial figura? Luego tenían forma; [30] porque los compuestos substanciales no se distinguen en otra cosa, (si no nos engañáis) que en la figura, que los especifica, y distingue unos de otros. ¿Podéis acaso concebir, que unos cuerpos, que tenían determinada figura, extensión, y solidez, ni fuesen lucientes, transparentes, ni opacos, (que son las tres especies de cuerpos que ponéis) no pudiendo haber medio entre producir, o no producir luz: y entre dejarla, o no dejarla pasar? ¿Vuestros átomos, señor Gasendista,

no tenían su determinada figura, y magnitud? Luego tenían su *forma de átomos*, distinta de la forma de hierro, o del oro: y aun entre sí mismos se distinguían específicamente: pues por eso se distingue específicamente el hierro, del oro, por las varias figuras, que les son esenciales a uno, y otro, y por los diversos espacios, o vacuos interpuestos; pero estas mismas varias figuraciones tenían los átomos: luego tenían su forma específica, que los distinguía entre sí, y de los demás Entes; y así, aun antes de haber compuestos, eran ellos compuestos substanciales.

Todas esas opiniones las han inventado espíritus sutiles, pero ociosos, e inútilmente, porque no puede servir para nada de los usos humanos; pues si algo sirve para esto, sólo es inquirir las materias inmediatas de las cosas, no la primera, y más remota. Esto se inventó, como la esgrima con espada negra, para jugar, y ensayarse los ingenios a reñir Escolásticamente. Cada uno lo dice como quiere, alegando razones, y discursos de que el otro se escurre con otros tantos; y lo peor es, que en llegando a presentarse estos Esgrimidores burlescos en el verdadero Teatro de las Artes Físicas seriamente, y con espada blanca, no sólo no les sirven esas doctrinas, si no suelen salir los primeros concluidos, y escarmentados.

La definición de los Aristotélicos es justa, y verdadera: *justa*, porque define metafísicamente un Ente, que sólo es metafísico: *verdadera*, porque el ser *primer sujeto de la generación substancial*, conviene tanto a la materia Cartesiana, como a los átomos Gasendistas; sólo parece oscura, pues debiendo dar positiva especie de lo que es absolutamente la materia, no explica sino la relación [31] de la primacía, que tiene en la composición. La materia de Cartesio tiene contra sí la infinitud. La de Gasendo tiene, que donde hay magnitud, y solidez, parece se debe concebir divisibilidad; es verdad, no obstante, que muchas cosas persuade la razón necesarias, que la naturaleza demuestra imposibles: pues por más sutil, que sea la naturaleza, es más delicada nuestra mente. En un gran peso equilibrado convence la razón, que si de un lado en la balanza se pone una mosca, se ha de perder por allí el equilibrio; pero la experiencia enseña lo contrario. Los Matemáticos, con modo metafísico, consideran a la cantidad abstraída de la materia; fingen puntos matemáticamente indivisibles, y sin extensión; línea sin latitud, y otras semejantes cantidades: con que de ellas, como separadas, conciben consecuencias, que de ellas, como unidas a la materia, salen imposibles. Estas abstracciones son la causa de las implicaciones, con que solemos encontrar, cuando espiritualizamos las cosas, sacándolas del quicio de materiales, y corpóreas, porque las divisiones, que hace el concepto, no siempre las puede hacer la naturaleza: y otras, que hace la naturaleza, se le ocultan al entendimiento. Por lo cual, en cuestión tan inútil, podéis seguir la opinión, que quisieréis, como que nadie os podrá convencer con experiencia; haciendos cargo, de que para conseguir la verdad ninguna alcanza; pero para gritar cualquiera sobra. Esto baste, hasta mañana, pues divertidos en el dulce coloquio:

Luna cadens medio, volucris pede, volvitur Axe.